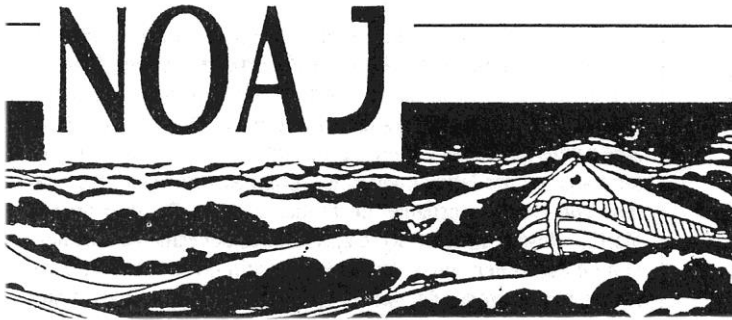




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Krauze, Ethel. Los escritores mexicanos judíos. pp. 96-100

Ethel
Krauze

Los escritores mexicanos judíos

*México, 1954. Es
escritora y periodista.*

*Ha publicado las
narraciones*

*Intermedio para
mujeres (1982), Niños
(cuento y guión, 1982),*

*Donde las cosas
vuelan (1985), El*

*lunes te amaré
(1987); los poemarios*

*Poemas de mar y
amor (1982); Para*

*cantar (1984), Fuegos
y juegos (1985), Ha*

*venido a buscarte
(1988); y las obras de*

*teatro Nana María
(1987) y Canciones de*

amor antiguo (1988).

Por primera vez en mi vida estoy participando como judía — sí, como escritora de habla hispana, pero precisamente por ser judía — en un acto público, profesional. Y no dejo de sentir cierto escozor, cierto estar al descubierto con reflectores y magnavoces ante un secreto guardado con orgullo y sonrojo durante 34 años; por razones que se verán. La pregunta obligada es en qué consiste eso que hoy aquí me está definiendo ante ustedes, porque mi pasaporte dice: mexicana. Y cuando pedí a la embajada de Israel en México que me ayudara con los gastos del boleto — porque soy escritora, no millonaria —, me dijeron que no había presupuesto para una ciudadana mexicana. Responder, pues, esa pregunta será la justificación de mi presencia y la propuesta literaria que como escritora mexicana judía me hago a mí misma y pretendo compartir aquí.

Pertenezco a la primera generación judía que nace en México. Mis padres — ruso y polaca — emigran en los años treinta, huyendo del nazismo. Pertenezco a la generación que nace junto con el Estado de Israel, cosa que viene a cambiar radicalmente el concepto de judaísmo en la diáspora.

Hasta antes de 1948 ser judío era algo claro, preciso, una identidad histórica, religiosa, lingüística y hasta utópicamente racial; un tronco madre que prevalecía por encima de cualquier circunstancia. Ser judío era una forma mística de estar en el mundo: un pasado común y una complicidad hacia finalidades comunes intemporales; suponía además, y sobre todo, la característica de ser errante, no tener una tierra propia, pero a cambio de ella, tener una noción muy firme de hermandad y solidaridad por encima de fronteras, nacionalidades o sistemas políticos. No

importa dónde hayas nacido, dónde vivas o dónde mueras; ni siquiera importa tu apellido, tu color de piel, tu ideología, tu idioma, tu ortodoxia o liberalidad litúrgicas; la patria judía es metafísica y cabes en ella donde quiera que estés si te consideras uno de los nuestros.

La aparición del Estado de Israel viene a transformar esta cosmovisión porque nace con él un nuevo concepto: ser israelí. Desde entonces, ser judío suele asociarse con ser israelí: por fin tienes una tierra y una nacionalidad ¿qué esperas para asumirlas? La metafísica judía se reduce y se convierte en física israelí, la ontología se vuelve geografía. Surgen, pues, los graves problemas de identidad. Hablaré estrictamente de los de México. Sé que en otros países latinoamericanos las cosas se han dado con ciertas o muchas diferencias. Pero sólo conozco a fondo las de mi país.

Ante esta situación al judío se le ha conminado a dos opciones: dejar de ser mexicano para hacerse israelí, es decir, hacer maletas rumbo a la tierra prometida, o vivir culpablemente en una especie de limbo llamado "comunidad judía mexicana", un ghetto impenetrable en territorio mexicano desde el cual se hace dinero para ser mandado a Israel y pagar así la deuda moral por no comprometerse acá ni allá.

Mientras tanto, el israelí, que con su trabajo y su propia vida lucha por conservar y hacer florecer el nuevo Estado, permanentemente en guerra, ve con desdén a esos judíos dispersos que ni siquiera hablan hebreo, usan el nombre de Israel como hipotético refugio en el peor de los casos y no arriesgan ni la nariz y tiene toda la razón, desde su punto de vista.

Los escritores mexicanos judíos

Tal adversaridad culpígena es una de las deformaciones más grandes en la historia moderna de la cultura judía. En México ha creado, desde los años cincuenta, un síndrome del que casi nadie ha escapado: el no pertenecer; paradoja inverosímil cuando lo que ha caracterizado al judaísmo es el sentido de pertenencia.

El no pertenecer en ningún orden a nada ni a nadie. Veamos cómo. Nacer en el seno de una familia judía en México es vivir en una embajada de Israel, donde parte del presupuesto económico se dona a organizaciones de beneficencia israelíes, algunas de las cuales, a su vez, para pagar sus propias culpas, donan una parte a los niños pobres mexicanos, que los hay para regalar. Quien no dona "voluntariamente" a Israel es excomulgado del ghetto. La única noticia que se tiene de México, en la infancia, llega a través de las criadas, generalmente indígenas. Posteriormente, llega la hora de entrar a los colegios israelitas, los impulsores más fehacientes de este síndrome. Ahí se enseña que México es un accidente fungible al que no se debe pertenecer; pero también enseñan que uno no pertenece cabalmente a Israel porque no vive en Israel. Uno debe querer vivir allá, pero como la vida allá es muy dura, uno debe quedarse a vivir en México, queriendo vivir en Israel, pero no yéndose jamás. Por otro lado, aunque uno sea judío, mientras no viva en Israel será un judío a medias, vergonzante y comodino; claro que si hace sus donaciones voluntarias, estará pagando puntualmente su diezmo y su indulgencia.

Que ser judío en México sea pagar una cuota monetaria a Israel, no casarse con *goi* y medrar en el país que les da techo y comida sin comprometerse con su realidad, me parece un resul-

tado bastante triste tanto para el judaísmo como para los estados de México y de Israel.

Es el resultado de una identidad fragmentada que crea seres bastardos, donde la riqueza de la metafísica se ha trocado en materialismo centavero. Uno de los momentos más lamentables de la comunidad judía en México sucedió durante la crisis económica de 1982, cuando montones de judíos en pijama, ni tiempo para vestirse tuvieron, dentro de autos fabulosos, hacían cola en la frontera con Estados Unidos para salvar sus dineros; dineros que hicieron en México, por supuesto, pero a la hora de los problemas ni se acordaron de que existía México. Israel siempre será el refugio en el peor de los casos; por lo pronto, si ya le exprimimos suficientemente el calcetín a México, vámonos a Estados Unidos, al refugio del dólar, la verdadera y actualísima tierra prometida. Esto que digo no es agradable; no gozo contándolo. Pero es la verdad.

Para encontrar una identidad en medio de este caos aberrante hay que recapturar el concepto de judaísmo anterior al Estado de Israel y enriquecerlo distinguiendo muy bien entre mística y nacionalidad.

Mi patria, que es la tierra que me ve nacer y que me da derechos y obligaciones, la que me da el idioma, la cultura y el compromiso ético para hacer el porvenir, es una: México. No tengo nada qué ver políticamente con Israel como estado. Así como no tengo nada qué ver con España, que fue el antecedente directo de México. Puedo estar en contra de la política de Israel, sin culpa alguna, como puedo estarlo de la política de Uruguay o de Angola.

Los actos de Israel no deben imputárseme a mí por ser judía. Yo no he estado ni estaré en el ejército israelí cargando un fusil, pero he estado y estaré en las manifestaciones callejeras contra el PRI y he votado por la democracia mexicana. Ser judía es un agregado a mi condición mexicana. Es una mística que hace específica y natural mi mexicanidad.

Todo esto, pues, desemboca en la literatura mexicana que es mi ejercicio. No concibo temas judíos en la literatura mexicana, o en mi literatura, que es mexicana. No puedo ser judía en abstracto, lo soy como mexicana. Hay temas, pues, de mexicanidad judía en lo que he escrito, y son los textos que harían diferente o específica mi condición literaria nacional. Es por lo cual, supongo, se hace justificable mi participación en este congreso.

Como mujer mexicana que vive hoy día en un país subdesarrollado, en una ciudad gigantesca, hacinada, conflictiva, ultramoderna, las preocupaciones que reflejo en mi literatura son las que acucian mi tiempo y mi espacio: las relaciones humanas, amores y odios que se dan y cómo se dan aquí y ahora. En esa gama de claroscuros aparece también, como parte de la cultura mexicana actual, la colonia judía de México, los colegios israelitas, las contradicciones de los inmigrantes, los coloquialismos y extranjerismos de este grupo social, y los barbarismos que él mismo se ha impuesto vivir.

Veamos algunos ejemplos. La camada de sobrevivientes del Holocausto en Europa y que vino a poblar las nóminas de maestros en los colegios judíos de México. Esa pobre gente, aún con el número del campo de concentración tatuado en el brazo, que

inoculaba pesadillas despiertas a los niños: pedazos de pellejos de bebé convertidos en jabones y en pantalla de lámparas, túneles asfixiantes y ojos enterrados vivos, Hitlers redivivos en ristre a diestra y siniestra en cada rostro... la condición judía como dedo de fuego sobre la frente, como llaga macilenta que hay que esconder, como terror pánico a todos los de "afuera". El imponer la dualidad entre México e Israel en caso de guerra entre ambos países: ¿A cuál le irías?, jugaban los niños en el *kínder*, y el juego terminaba en una desesperada guerra de conciencias y bofetadas. No poder decir en voz alta el nombre de Jesús, que se oía con veneración diariamente en boca de los prefectos y las criadas, porque en ese nombre estaba la ignominia de un *goi*, católico, repulsivo ser. Vivir las navidades como destierro y como anhelo de comunión con el mundo siempre inalcanzable, inconfesable, vergonzoso. El caos moral entre lo que se ve y se oye en las calles mexicanas y lo que se pregonaba dentro de la casa y del colegio; esa absurda contradicción de los padres que mandan a los hijos adolescentes a un *kibutz* israelí, por un año, y cuando éstos pretenden quedarse en Israel, los llevan de regreso, a fuerzas, al desdenable México. Todo este galimatías de miedos, odios, culpas, frente al cálido mestizaje, la apertura, la bonhomía que despierta la cultura mexicana como vasta india morena con los brazos abiertos.

Hay un afán de denuncia, de que las cosas cambien, por supuesto. Hay una necesidad de exorcizar mi propio pasado y el de toda una generación; pero por encima de estas necesidades éticas o psicológicas está la estética, el imperio de la literatura,

Los escritores mexicanos judíos

En México ha creado, desde los años cincuenta, un síndrome del que casi nadie ha escapado: el no pertenecer; paradoja inverosímil cuando lo que ha caracterizado al judaísmo es el sentido de pertenencia.

querer crear una obra literaria con esa materia prima, y crearla en español, palabra a palabra. Es decir, los temas que me han surgido en este sentido se han dado siempre por razones literarias, primero, y claro, como producto de mi condición mexicana judía.

La comunidad judía en México, cuya mentalidad es paranoide, y cuya función es ocultar y callar la realidad, se espanta ante estos brotes de "maledicencia", según sus términos, en la literatura mexicana. Suponen que en todo gentil hay un antisemita agazapado esperando la primera señal para salir a combate. Sin embar-

go, las reacciones de los lectores y de la crítica literaria han sido más que satisfactorios. Hay una gran curiosidad por conocer esta faceta de la inmigración mexicana, y lejos de usar la información como arma para atacar, ha servido para comprender mejor el humanismo judío, con sus padecimientos y virtudes, sus anhelos y sus miedos; ha provocado una empatía, una identificación, desmitificando al judío, quitándole la imagen del pueblo cerrado, intocable y desdenoso, para hacerlo ver tal como es: un ser humano como todos, con flaquezas y expectativas de redención, con ganas de amar y ser amado.

Nada mejor que la literatura para hacer transparente, coherente y lúcida la realidad. Nada mejor que ella para expresar las contradicciones y los conflictos de la condición humana. Y como la literatura es concreción, carne y hueso, especificidad, la literatura mexicana da testimonio de un tiempo y de un espacio: el mexicano. Y dentro de éstos, la literatura mexicana judía resulta aún más específica, como puede serlo la literatura mexicana indígena o la de cualquier otro grupo social, que enriquece la visión general de la cultura de un país; sobre todo de un país como México, tan vasto y múltiple en sus raíces culturales.

Mi propuesta, mi convicción, es que el judaísmo hoy día no puede ser abstracto, sino partir de un compromiso nacional particular. Así como, al contrario, se puede ser nacional sin ser judío, como se puede ser israelí sin ser judío. Pero no se puede ser judío a secas o vagamente, en el limbo de la no pertenencia. Las literaturas nacionales se enriquecerán profundamente con la cosmovisión judía de sus autores. Se trata de abrirse, multiplicar-

se en un mestizaje cultural que siempre es sinónimo de evolución y de permanencia, al mismo tiempo. No se trata de reducirse a un territorio en el Medio Oriente con intereses políticos circunstanciales. Hablo de un judaísmo encarnado siempre en una identidad y un compromiso nacionales, que por lo mismo no corre el riesgo de desaparecer por "asimilación"; al contrario, se finca de viva voz, abiertamente y de modo definitivo en el consenso y la cultura nacionales; es decir, lejos de desaparecer por esta apertura, el judaísmo adquiriría carta de nacionalidad en cada país.

Haber descubierto, por ejemplo, la condición judía de Jesús, que viene de la casa de David, y cuya última cena es el *seder* que yo celebro, me hermana al pueblo mexicano, tan necesitado de redención, y estimula mi compromiso con los desamparados, haciéndome doblemente judía. Aprender a decir, no a ocultar, a compartir, no a guardar, a padecer con el otro, y no a compadecerme a solas, son los impulsos que me llevan a manifestarme como escritora mexicana judía, y contribuir así a crear una nueva noción de una tan antigua stirpe. Mis temas van desde los campesinos náhuatl que veneran a la Virgen de Guadalupe, hasta los niños judíos que ponen arbolitos de Navidad en el sótano.

Ahora, hoy, aquí, estoy viviendo un paso más en el proceso: por primera vez estoy en esta tierra, cuyo nombre ha sido tan contradictorio en mi ánimo. Y estoy abierta. Queriendo incorporar esta experiencia a mi visión literaria, esa que quiere hacer del náhuatl, el español y el idish una misma melodía. ♦